

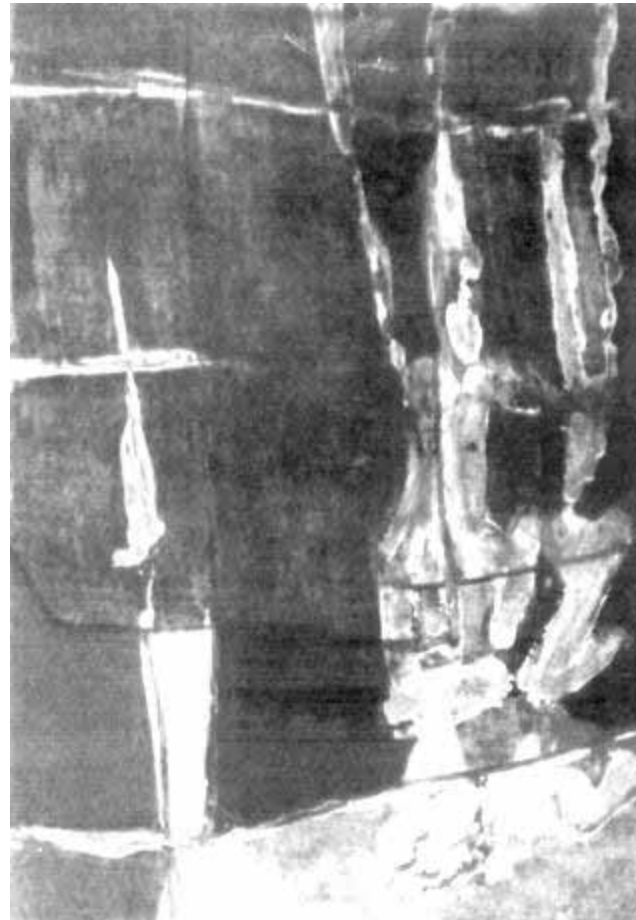
Persiguiendo mi título:  
un penoso peregrinaje

# Burocracia

## en Filosofía y letras de la UNAM

**MARTHA BÁTIZ ZUK**

Cuando, en 1992, elegí estudiar literatura formalmente había sólo dos opciones para hacerlo: ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM o entrar a la Universidad Iberoamericana. Confieso que ninguna de las dos posibilidades me entusiasmaba sobremanera, pero la decisión fue sencilla cuando, tras haber presentado el examen de admisión a la Ibero todavía medio en estado de ebriedad (acaba de salir del antro de moda, en aquella época el Danzoo, me parece...), me aceptaron en su facultad y además quedé en el séptimo lugar entre todos los aspirantes a la carrera, que eran cerca de cuarenta. Me dio pavor imaginar qué clase de compañeros tendría, pues aun desvelada y con estragos del reventón mi examen había sido aceptable, y además me alteraba los nervios pensar en que alguien, alguna vez, pudiera decir en clase algo así como “Es que Sor Juana es poca madre, ¿veeees?” Porque sí, yo la verdad era una



Iris Aldegani



Felipe Posadas

chava fresa, con todas las agravantes de la definición. Además venía del Colegio Alemán, pero todo en esta vida tiene un límite. Así que me decidí por la UNAM. Mi amor al teatro, y en especial a Shakespeare, me inspiraron para elegir la carrera de Lengua y Literatura Inglesas, así que muy campante fui una madrugada a hacer fila en Avenida del Imán para ingresar mi solicitud de examen y comenzar mis estudios universitarios.

Después de haber estado en la interminable cola bajo los rayos del sol desde el amanecer hasta casi el mediodía, la señorita del módulo, encargada de recibir mis papeles, me informó tajantemente que yo no podía solicitar ingreso a Letras Inglesas. Me faltaba mi comprobante de inglés de la Enep Acatlán. La verdad nunca

supe que debía presentar un examen de inglés en la Enep Acatlán antes de considerar ingresar a esta carrera, e ilusa de mí, llevaba un certificado de Cambridge para demostrar mis conocimientos del idioma, que creí bastaría. La señorita tomó mi certificado británico, lo vio por todos lados, se lo enseñó a otro empleado, y éste negó con la cabeza: “no, ése no vale. Tiene que ser de la Enep”, y la señorita “que no vale, que tiene que ser de la Enep”, Ahí debí darme cuenta de que así sería gran parte de mi vida en la UNAM. Lo mejor hubiera sido huir, pero no me di por vencida. Solicité hacer examen para entrar a Letras Hispánicas (creyendo que sería sencillo, ilusa otra vez, hacer luego mi cambio de carrera), y fue así como entré a la Facultad de Filosofía y Letras.

Cursé mi primer semestre de Letras Inglesas como oyente, pidiéndoles a los maestros que me guardaran calificaciones para ponerlas luego en actas una vez que mi situación estuviera en orden, pero justo la semana anterior a los exámenes finales le dieron un cristalazo a mi coche afuera de la escuela donde yo estudiaba actuación por las tardes, y se robaron mi mochila (que era nuevita, de piel italiana, y me sigue doliendo haber perdido). Ahí sí le hice caso al destino: combinar dos carreras era difícil, y tomé el robo de mis apuntes como un aviso. Decidí regresar a la facultad una vez terminado mi afán de saltimbanqui, bajo amenazas terribles de mis padres en caso de faltar a mi palabra, y entrar ahora sí a Letras Inglesas y al Sistema de Universidad Abierta (SUA), para facilitar mis horarios de actriz, escritora principiante y lo que fuera surgiendo. Así, en septiembre de 1994, di inicio formal a mis estudios. Shakespeare seguía siendo mi objetivo primordial, y ya había oído hablar del Doctor. Alfredo Michel, legendario maestro con quien me moría de ganas de tomar clase, experto en teatro norteamericano y en aquel autor isabelino. Pero justo cuando yo empezaba mis estudios, él dejó de dar clases en el sistema abierto. Nueva rabieta. Así fue como ir a la UNAM se empezó a convertir, lentamente, en un momento difícil de mi semana... cada semana.

Desde el primer día me di cuenta de que ahí se practicaba la discriminación, pero al revés: los alumnos egresados de prepas particulares éramos objeto directo del desprecio de los demás. En el sistema escolarizado esto era mucho más evidente (por ejemplo, yo me llevaba con una chica judía, y un día una chaparrita de cara muy redonda que iba con nosotros en una clase, llegó a decirle que no entendía por qué Hitler “no acabó con la excelente labor de exterminio que había empezado”). A mí me disgusta hacerla de víctima, así que nunca me quejé de las miradas o comentarios agresivos que

recibí, aunque en defensa propia opté por empezarme a vestir de jipi cuando iba a clase, a ver si así pasaba inadvertida con mayor facilidad. Como buena actriz, tenía en mi clóset tanto los atuendos apropiados para pasearme por los pasillos de Televisa, como mi ropa normal para actividades cotidianas, y algunos vestidos hindúes y otras prendas fachosas para ir a la facultad y que mis compañeros –atrapados al parecer para siempre en la mentalidad y la moda de finales de los sesenta– me atacaran menos.

En el sistema abierto descubrí mucha mayor libertad y eso me gustó. Las alumnas eran en su mayoría mujeres mayores que yo, amas de casa y/o mamás, y las pocas que coincidían en edad conmigo me resultaron simpáticas. Ya no era necesario disfrazarme constantemente. Lo malo fue entonces que yo había ya empezado a publicar y a tener becas literarias. Mis maestros extraescolares, por temporadas Daniel Sada, Alí Chumacero y Carlos Montemayor, eran mucho más interesantes que mis tutores académicos, tenían mejores cosas que decir, y creo que el desencanto se me comenzó a notar. Varias veces llegué a clase en la facultad con información que mis maestros desconocían, y que yo había obtenido de unos libros o durante mis talleres y



Sergio A. Beltrán



Mauricio Vega

becas literarias. En otras ocasiones, debido a mis publicaciones –que se volvieron semanales– o a mis apariciones –efímeras pero divertidas– en telenovelas, me acusaron de ser “muy dispersa”, aunque mis calificaciones de MB demostraran que yo, para estudiar, sí era cumplidora. Pero el colmo fue cuando un nuevo maestro (cada semestre cambiábamos de asesor) llegó a la clase, preguntó quién era “la hija de Bátiz”, y me dijo que si yo esperaba tener ahí un trato diferente a las demás, estaba equivocada. Me quedé lívida, pero no respondí nada. Mi apellido no lo elegí yo, por un lado, y por otro, iba dos horas a la semana a mi clase y hacía todo en mi casa; podía hacer caso omiso a sus comentarios... o eso pensaba hasta que un cuento mío, escrito bajo seudónimo, ganó un premio en España y a la siguiente clase él de inmediato me increpó, molesto: “qué, ¿ya te crees mucho?”

Empezó la guerra.

Los siguientes semestres fueron difíciles porque yo me exigía trabajar con doble esmero en los deberes uni-

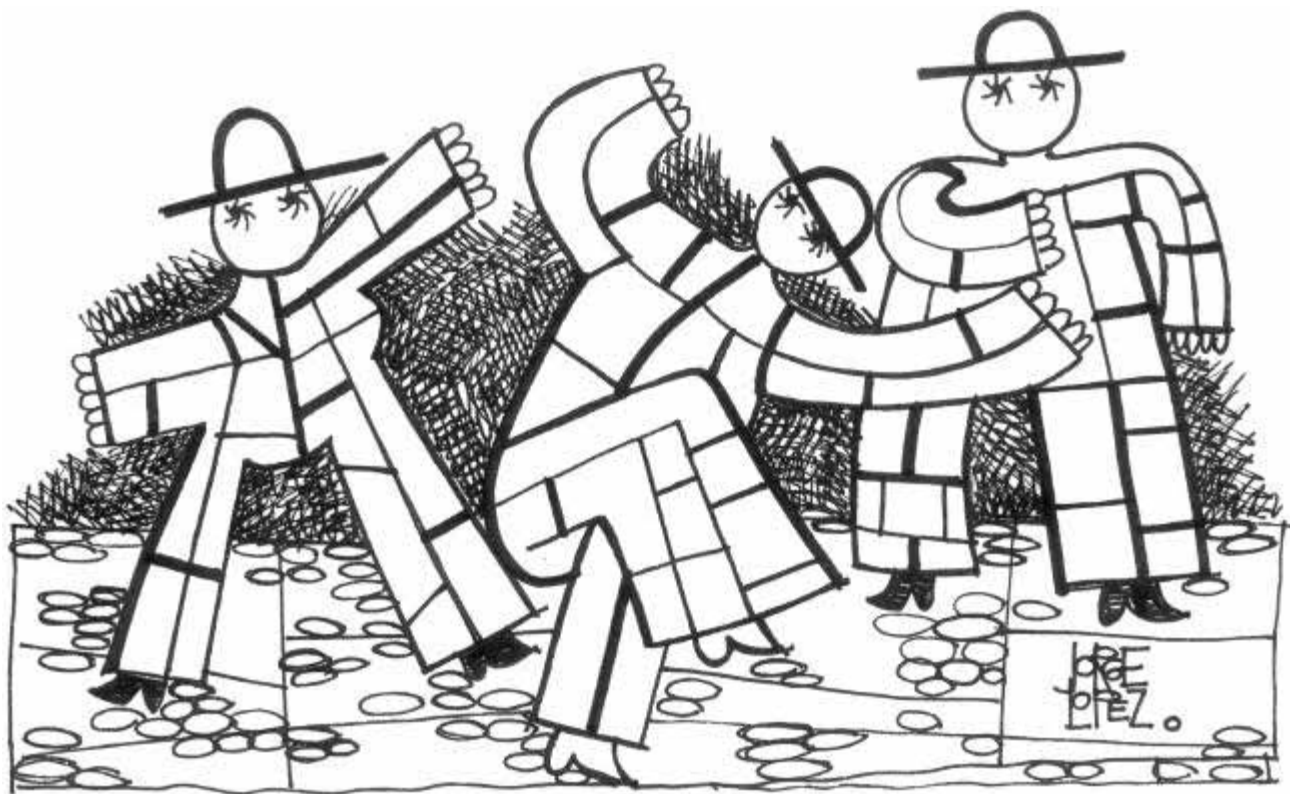
versitarios, a fin de esquivar cualquier ataque que quisieran hacerme a nivel académico. Reconozco que el material designado para leer en cada semestre era interesante, me encantaba perderme en los libros que aparecían en nuestras listas y no me costaba trabajo prepararme para los exámenes. El programa de estudios me pareció siempre bueno. Lo duro era asistir a clase y sentirme juzgada y condenada de antemano. Por fortuna, de ocho semestres pasé tres con una maestra extraordinaria, uno con un maestro totalmente indiferente, que por cierto me puso mi primera B de toda la carrera, y otro con alguien que en ese momento fue amable conmigo, así que sólo fueron tres semestres de pasármela mal. Una ganga.

Una vez terminados mis ocho semestres con promedio de 9.65, elegí mi tema de tesis: Joyce Carol Oates y la literatura gótica. Estalló la nefasta huelga que todos los afectados nunca olvidaremos, y en ese lapso hice un primer borrador del trabajo final. Mi asesora lo elogió y lo compartió con quienes serían en algún futuro mis sinodales, quienes lo rechazaron de inmediato: en el SUA no se hacen tesis, sino tesinas, y mi trabajo rebasaba las cien páginas. Debía cortarlo todo a sesenta, y lo demás usarlo “para artículos y esas cosas que escribes en revistas y periódicos”, como me dijeron en tono de desprecio. Para ese entonces yo ya ni vivía en México, ni tenía tiempo de sobra para dedicarme a la universidad: mis hijas gemelas tenían pocos meses de edad, y teníamos la desgracia de radicar en El Paso, Texas. Eso por sí sólo le rompe los nervios a cualquiera, sin contar lo de la tesis a guillotinar.

En el lapso de los siguientes años rehice la tesina famosa un total de cinco veces, porque siempre la rechazaba alguien por algún motivo que mi asesora no había vislumbrado con anterioridad: la versión recortada, que por inconexa; la siguiente versión, porque las citas no estaban acomodadas como debían, y mejor de

plano sugirieron que la rescribiera completa. Entonces recurrí a tres personas de toda mi confianza, todos con grado de doctorado, para que leyeran el trabajo y me dieran una opinión: ¿de veras estaba tan, tan, pero tan mal mi tesina? Digo, ya era la tercera versión, y yo pensaba que sabía escribir. Entre los tres me ayudaron con sus comentarios a pulir una siguiente versión, que supuestamente tendría que haber sido a prueba de bomba y que, para sorpresa de los cuatro, de nuevo fue rechazada, alegando algo de las notas al pie de página... Uno de ellos ofreció ir conmigo al tribunal universitario y meter una demanda, pero para ese entonces yo ya lo único que quería era titularme y cerrar el capítulo de la UNAM en mi vida. No quería empezar una pelea más, al contrario. La perspectiva de presentar mi examen profesional, si algún día lo hacía, frente a sinodales enemigos de mi causa me apanicó, y decidí que necesitaba un apoyo externo urgente. Mi

querido Huberto Batis, que ha sido mi maestro y mi editor más exigente, accedió a ser mi sinodal, y compartimos la frustración de que la tesina seguía siendo rechazada, aún cuando ya contaba con su visto bueno y sus correcciones. Lograr que Huberto formara parte de mi panel fue otra aventura de terror, porque él es maestro del sistema escolarizado, no abierto, y de letras hispánicas, no inglesas, y hay un lazo familiar (que, por cierto, descubrimos cuando le fui a pedir trabajo al unomásuno hace once años, porque antes ni nos conocíamos), pero yo ya no estaba dispuesta a ceder más terreno. Así yo me muriera, Huberto estaría en mi panel, y agradezco a mi asesora que en eso fuera tan firme como yo. La quinta versión de mi tesina, que en mi opinión fue la más desangelada, la más aburrida, un texto vejado y humillado por exigencias académicas que casi nunca comprendí, pero obedecí lo mejor que pude, fue al fin aceptada. A pesar de todo, al



Jorge López

firmar la carta aprobándola, los maestros me dejaron en claro que me habían hecho un enorme favor al permitir que me recibiera, pues “esperaban más” de mí. Yo, para ese entonces, ya me había mudado de El Paso a San Antonio, Texas, y había vivido ahí otro año de suplicio en medio de los gringos en plena guerra contra Irak, y acababa de mudarme a Toronto, donde mi pequeña familia y yo apenas empezábamos a adaptarnos a nuestra calidad de inmigrantes. En medio de tantos trances personales, cinco versiones de la misma tesina me parecieron más que suficientes. Nunca comprendí qué “más” esperaban de mí.

Los trámites de titulación fueron otro capítulo de terror, como puede atestiguar todo egresado de la UNAM, pero hechos a larga distancia son una franca calamidad exponencial. De no haber sido porque conté con la generosa y desinteresada ayuda de alguien en el departamento de titulación del SUA, mi trámite nunca se hubiera



María Emilia Benavides

concluido. Para presentar mi examen profesional viajé de Toronto a México con mis hijas, ya para ese entonces de dos años y medio de edad, y realicé la última parte de mis trámites en persona. Subí, bajé, vine, fui, recabé las últimas firmas y fui todo lo amable que pude, con francos deseos de terminar con el suplicio pronto. Mi examen fue a puerta cerrada, y asistí sola (aunque ya no disfrazada de jipi). Empezó a las doce del mediodía y terminó pasadas las tres de la tarde de un memorable día de octubre del año pasado. Cuando reingresé en el salón tras la deliberación de mi jurado, percibí una atmósfera tensa. No me dieron mención honorífica, porque una maestra de mi panel se negó. Dijo tajante que yo no lo merecía, a pesar de mi promedio. Huberto me contó más tarde que discutieron, y que ella espetó que ya bastante era que me hubiera titulado. Luego, conversando con otra persona del SUA, me enteré que mi caso no ha sido el único. Otra joven estudiante de Letras Inglesas, hija de personas reconocidas y con una personalidad “difícil” (como seguramente me catalogaron también a mí), vio su trámite de titulación truncado por la negativa de los maestros encargados de aceptarla, y sólo porque otro maestro de mayor jerarquía y alguien del personal administrativo se pusieron de su lado, pudo sacar adelante su trámite; pero la batalla, según me contó esta persona, fue feroz. No me cuesta en absoluto creerlo.

Ahora comprendo por qué hay tanta deserción en la universidad, por qué tan poca gente se titula. El trámite no es sólo una carrera de obstáculos y de resistencia, sino que además en ciertos casos está llena de trampas. Si mis padres no me hubieran exigido hasta el hartazgo terminar el ciclo, costara lo que costara y por encima de cualquier obstáculo, y si Huberto Batis no hubiera sido mi guardaespaldas tenaz, tal vez yo seguiría sin título. Así y todo, fui la primera en recibirse. Esta es la parte más triste de la historia: me tardé nueve años

en terminar la carrera oficialmente (más todavía, si contamos el tiempo que estuve en el escolarizado y luego en pausa estudiando actuación en otra parte dos años), nueve años me tomó dejar de ser fósil, y fui la primera de todo mi grupo que se tituló. Y eso que vivo en Canadá.

No obstante, de mi estancia en la UNAM no todo son recuerdos malos. Haber cursado una carrera con reconocimiento internacional sin haber pagado un centavo (bueno, como diez obligatorios, creo) es un privilegio digno de valorarse. La UNAM es la única universidad mexicana que en Canadá, por ejemplo, cuenta con reconocimiento automático. Los académicos aquí la conocen y la respetan, lo cual me hizo sentir orgullosa. Estoy casi segura de que mi entrada a la maestría que empezaré en septiembre en la Universidad de Toronto no habría sido tan sencilla, en términos del papeleo correspondiente, viniendo de otra parte. Eso, para mí, ahora vale oro, y espero que los demás egresados y alumnos de esta gran casa de estudios lo sepan apreciar también. Tuve maestros buenos (en el escolarizado, sobre todo, aquel lejano y único semestre), y además asistí como oyente a escuchar clases con gente que respeto sobremanera, como Federico Patán y Alfredo Michel, cuyas enseñanzas me fueron de gran utilidad. Me sigue gustando muchísimo el Centro Cultural Universitario, aunque hace mucho que no voy. El apoyo de quien me ayudó a concluir mis trámites a larga distancia fue invaluable. Y ahora que por fin tengo mi título en las manos (tras una espera de seis meses para que estuviera listo), siento que todo valió la pena, porque se abre ante mí la posibilidad de continuar aquí con mi preparación académica, lo cual de otra forma no habría sido posible.

Viví la manera en que los trámites burocráticos tienen ahogada a la universidad (aunque puede ser que en otras facultades sean más eficaces, no lo sé

con precisión), y pude ver cómo eso entorpece los futuros y las trayectorias de cientos (¿miles?) de estudiantes, que a final de cuentas se quedan en meros “pasantes”, porque para titularse es necesario tener un hígado de plástico y la paciencia y dedicación del coyote de la caricatura, para ser golpeado a cada rato, aplastado, pero volverse a inflar y regresar lleno de dinamita a la carga, y así hasta el infinito, o hasta que alguien tenga piedad. En el mundo competitivo y globalizado en que vivimos, la diferencia entre tener un título universitario y no tenerlo ya empieza a sentirse. Para ganar un sueldo superior al mínimo, una licenciatura en un país como Canadá no ofrece mejores posibilidades que un certificado de preparatoria. Son casi equivalentes. Si se desea acceso a mejores trabajos y salarios, es indispensable tener, al menos, una maestría. Cada alumno de la UNAM que, como yo, culmina sus semestres reglamentarios de estudios, pero encuentra demasiadas dificultades para titularse, hasta que abandona la misión, está perdiendo la oportunidad de tener, eventualmente, un trabajo en verdad redituable y satisfactorio, lo cual es obvio, pero no deja de ser indignante y triste. Cuando el papeleo es capaz de asfixiar las ansias de superación de una persona, algo marcha mal.

Yo me siento muy orgullosa de haber concluido mi trámite, de mi título de la UNAM que fue tan difícil de obtener, pero no volvería a hacerlo. Compadezco a quienes atraviesan por el trance ahora, y comprendo a quienes han abortado la misión. A final de cuentas ya descubrí que la UNAM no cobra en dinero, sino con todas sus pequeñas y grandes torturas burocráticas. Son el precio que hay que pagar para estar ahí. Yo pagué con creces, pero obtuve mi título. Estamos a mano, y me voy de la Facultad con el hígado y el ego heridos, pero en paz. Ahora sí empezaré a escribir la mejor parte de mi historia.